

LIBRO SEGUNDO

(1728 á 1731.)

Cuanto más triste me pareció el primer momento en que el terror me sugirió el proyecto de la huida, tanto más encauzador me pareció el acto de ejecutarlo.

Niño todavía, abandonar mi país, mis parientes, mis protectores y mis recursos; dejar una profesión sin haberla aprendido lo bastante para con ella ganarme la vida; entregarme á los horrores de la miseria sin medio alguno para combatirla; en la edad de la inocencia y la flaqueza, exponerme á todas las tentaciones de la desesperación y del vicio; ir al encuentro de los males, de los errores, de los engaños, de la esclavitud y de la muerte, bajo un yugo mucho más inflexible que el que no había podido soportar: á todo esto me lanzaba, ésta es la perspectiva que hubiera debido fijar mis miradas.

¡Cuán diferente era lo que yo me imaginaba! El sentimiento de la independencia que creía haber conquistado era el único que me embargaba. Libre y dueño de mí mismo, creía poder hacerlo todo, lograrlo todo; no tenía más que lanzarme para elevarme y volar en el espacio. Entraba con planta firme en el vasto espacio del mundo; mi mérito iba á llenarlo todo; iba á encontrar á cada paso festines, tesoros, aventuras, amigos dispuestos á servirme, mujeres ávidas de complacerme; el universo iba á llenarse con mi aparición; no precisamente el universo todo, ya le dispensaba en parte de ello, no siéndome necesario tanto; contentábame con un círculo agradable, lo demás nada me importaba. Mi moderación me inscribía en una esfera limitada, pero deliciosamente esco-

gida, cuyo imperio tenía asegurado. Concretábase mi ambición á un solo palacio: ser el favorito de los señores, el amante de la hija, amigo del hermano y protector de los vecinos, y ya estaba satisfecho; nada más necesitaba.

Entre tanto llegaba este modesto porvenir, anduve algunos días errante no lejos de la ciudad, acogido por algunos campesinos conocidos, que me recibieron con más afabilidad que lo habrían hecho personas urbanas. Me acogían dándome alimentación y alojamiento harto buenos para ser una acción meritoria. Esto no podía llamarse una limosna; pues no se daban aires de superioridad.

Á fuerza de viajar y recorrer el mundo, fui á parar á Conflagnón, país de Saboya, á dos leguas de Ginebra. Llamábase el cura párroco señor de Pontverre. Este nombre, famoso en la historia de la República, me llamó sobremanera la atención. Tenía curiosidad de saber cómo eran los descendientes de los caballeros de la Cuchara. Fui, pues, á ver al señor de Pontverre, que me recibió muy bien: me habló de la herejía de Ginebra, de la autoridad de la santa madre Iglesia, y me dió de comer. Yo no sabía qué contestar á argumentos que acababan de tal manera, y juzgué que los párrocos que daban tan buena comida valían, por lo menos, tanto como nuestros ministros. Seguramente sabía yo mucho más que el cura á pesar de su nobleza; pero no podía ser tan buen teólogo como buen convidado; y su vino de Frangi, que me pareció excelente, argumentaba con tanta fuerza en favor suyo que me hubiera avergonzado de hacer callar á tan buen huésped. Cedía, por consiguiente, ó á lo menos no le resistía de frente.

Cualquiera que hubiese visto mis rodeos me hubiera creído falso, equivocadamente; lo cierto es que no era más que agradecido. La lisonja, ó mejor dicho, la condescendencia no siempre es un vicio; frecuentemente es más bien un acto virtuoso, sobre todo en la juventud. La bondad con que nos tratá

una persona nos atrae á ella y no cedemos para engañarla, sino para no enristecerla, para no volverle mal por bien. ¿Qué interés más que el mío propio podía mover al señor de Pontverre á darme hospitalidad y buen tratamiento y á quererme convencer? Mi joven corazón me lo decía y estaba lleno de reconocimiento y respeto hacia el buen sacerdote. Conocía mi superioridad, pero no quería agobiarle en pago de su hospitalidad. No había en esta conducta la menor hipocresía; no tenía intención ninguna de cambiar de religión, y lejos de familiarizarme tan rápidamente con esta idea, me causaba tal horror que debía alejarla de mí durante mucho tiempo; sólo quería no disgustar á los que me halagaban con esta mira; quería mantener su benevolencia y dejarles en la esperanza de lograr su objeto, apareciendo peor armado de lo que realmente estaba. En esto, mi falta se parecía á la coquetería de las mujeres honradas, que, á veces, para lograr sus fines, sin permitir ni prometer nada, saben hacer esperar más de lo que se proponen conceder.

La razón, la piedad, el amor al orden, exigían sin duda que, lejos de favorecer mi locura, me alejasen de la perdición á que corría, volviéndome al seno de mi familia. Esto es lo que hubiera hecho ó intentado á lo menos cualquier hombre verdaderamente virtuoso; pero el señor de Pontverre distaba mucho de serlo, á pesar de ser un buen hombre; al contrario, era de estos que no conocen otra virtud que adorar las imágenes y rezar el rosario; una especie de misionero que nada mejor imaginaba para el servicio de la fe que publicar libelos contra los ministros de Ginebra. Lejos de volverme á mi casa, aprovechó mi deseo de alejarme de ella, para imposibilitarme de volver, aun cuando yo mismo lo hubiese deseado. Podía asegurarse que me encaminaba á ser un tunante ó á perecer de miseria. Mas no paró mientes en ello: no vió más que un alma arrancada á la herejía y llevada á la Iglesia. ¿Qué le

importaba que fuese un pícaro ó un hombre de bien, con tal de que fuese á misa? Mas no se crea que semejante modo de pensar sea peculiar de los católicos; es propio de toda religión dogmática cuya esencia no consiste en la obrar, sino en creer.

« El Señor os llama, me dijo, id á Annecy; encontraréis allí á una buena señora muy caritativa á quien los beneficios que el rey le dispensa le permiten apartar á otras almas del error en que ella misma se había visto sumida.» Referíase á la señora de Warens, convertida recientemente, á quien los curas obligaban á compartir una pensión que le tenía asignada el rey de Cerdeña con la canalla que iba á vender su fe. La necesidad de recurrir á una buena señora muy caritativa me humillaba. Me agradaba, sí, que me diesen lo necesario; pero no que me hiciesen limosna; y una devota no tenía para mí atractivo alguno. Mas, empujado por el cura, por el hambre que me apretaba y por el deseo de emprender un viaje y de llevar un fin determinado, resolvíme, aunque con dolor, y partí á Annecy. Podía ir en un día fácilmente; pero no me apresuraba, y tardé tres. No divisaba castillo á derecha é izquierda del camino adonde no corriese en busca de las aventuras que estaba en la seguridad de que me esperaban en ellos. No me atrevía á entrar ni llamar á sus puertas, porque mi timidez era extrema; pero cantaba al pie de la ventana que mejor me parecía, extrañándome sobremanera no ver asomarse, después de haberme desgañitado, damas ni doncellas atraídas por la belleza de mi voz ó la gracia de las canciones, atendido á que las sabía admirables, aprendidas de mis camaradas, ya que las cantaba divinamente.

En fin llegué, y vi á la señora de Warens. Aquella época de mi vida determinó mi carácter; no puedo resolverme á pasar por ella ligeramente.

Sin ser lo que se llama un joven guapo, era, aunque de baja estatura, bien formado, tenía el pie pequeño, la pierna bien

contorneada, aire desembarazado, rostro animado, boca pequeña, cejas y cabello negros, los ojos pequeños y algún tanto hundidos, pero que lanzaban con vigor el fuego en que yo ardía. Por desgracia ignoraba todo esto, y en mi vida se me ha ocurrido pensar en mi figura, hasta que ya no era tiempo de valerme de ella. Á la timidez natural á mi edad se reunía la de un carácter afectuoso, turbado siempre por el temor de disgustar. Por otra parte, aunque mi entendimiento estaba regularmente cultivado, como no conocía el mundo, carecía completamente de urbanidad, y lejos de suplirla, mis conocimientos no hacían más que aumentar mi timidez, porque me hacían comprender cuanta falta me hacía.

Temiendo, por consiguiente, que mi presentación produjera mal efecto, me previne de otra suerte, escribiendo una magnífica carta en estilo oratorio, en que, urdiendo frases que había encontrado en los libros con locuciones de aprendiz, desplegué toda mi elocuencia, para bienquistarme con la señora de Warens. Incluí en esta carta la del cura y me dirigí á la terrible audiencia. Era el domingo de Ramos del año 1728. Cuando llegué á la casa, me dijeron que la señora acababa de salir y que se dirigía á la iglesia. Corro en su seguimiento, la diviso, la alcanzo, le hablo... Debo recordar aquel lugar venturoso que posteriormente he regado con lágrimas y cubierto de besos muchas veces. ¡Que no pueda ceñirlo con una balaustrada de oro y atraerle el homenaje del mundo entero! Todo aquel que sea aficionado á honrar los monumentos de la salvación de los hombres, no debería llegar allí sin postrarse de rodillas.

Era un pasadizo que había detrás de su casa, entre un arroyo á la derecha que lo separaba del jardín y la pared del patio á la izquierda, y conducía á una puerta falsa de la iglesia de los franciscanos. Estaba ya junto á esta puerta, cuando se volvió al oír mi voz. ¡Qué sorpresa la mía! Habíame figurado

una beata vieja y ceñuda; á mi entender no podía ser otra cosa la *buena señora* del señor de Pontverre. Pero vi un rostro lleno de gracias, bellos ojos azules, llenos de dulzura, una tez deslumbradora, una garganta de contorno encantador. Nada se escapó á la rápida ojeada del joven prosélito; porque lo fui suyo desde aquel instante, seguro de que una religión predicada por tales misioneros no podía dejar de conducir al paraíso. Tomó sonriendo la carta que con mano trémula le presenté, ábrela, pasa los ojos sobre la del cura y los vuelve á la mía que lee toda, y que habría vuelto á leer si su criado no le hubiese advertido que era hora de entrar. « ¡Tan joven, errante ya por el mundo, » me dijo con un tono que me hizo estremecer. « Es una verdadera lástima! » Luego añadió sin esperar mi respuesta: « Id á esperarme en mi casa y decid que os den de almorzar; ya hablaremos en saliendo de misa. »

Luisa Leonor de Warens era una señorita de la Tour de Pil, antigua y noble familia de Vevai, ciudad del país de Vaud. Se había casado muy joven con el señor de Warens de la casa de Loys, hijo mayor del de Villardin, de Lausana.

Este matrimonio, que no tuvo sucesión, fué desgraciado. Un día la señorita de Warens, impulsada por algún pesar doméstico, aprovechó la ocasión de hallarse el rey Víctor Amadeo en Evián, y atravesando el lago fué á echarse á sus pies, abandonando así á su marido, su familia y su país por una lijereza muy semejante á la mía, y que lo mismo que yo ha tenido ocasión de lamentar. El rey, amigo de mostrarse católico ferviente, tomola bajo su amparo, señalóle una pensión de mil quinientas libras del Piamonte, que, para un príncipe tan poco pródigo, era mucho; y viendo que por esta acogida se le juzgaba enamorado, la envió á Annecy con una escolta de guardias reales, donde, bajo la dirección de Miguel Gabriel de Bernex, obispo titular de Ginebra, abjuró en el convento de la Visitación.

Seis años hacía entonces que allí estaba, y tenía veintiocho, habiendo nacido con el siglo. Era una de esas hermosuras que se conservan, porque consisten más en la fisonomía que en las facciones; así la suya se conservaba todavía en todo su esplendor primero. Tenía el ademán cariñoso y tierno, muy dulce la mirada, sonrisa angelical, la boca como la mía, un cabello ceniciento de rara belleza, peinado con cierto descuido que le daba una expresión graciosísima. Era pequeña de estatura, muy pequeña, y un poco llena para su estatura, aunque sin deformidad; pero no puede darse una cabeza más hermosa, más bello seno, manos más delicadas, mejor contorneados brazos.

Su educación había sido muy variada; como yo, había perdido su madre al venir al mundo, y adquiriendo conocimientos sin método, según se presentaban, aprendió un poco de su aya, un poco de su padre, un poco de sus maestros y mucho de sus amantes, principalmente de uno llamado de Tavel, que comunicó á la que amaba parte del buen gusto y conocimientos que le adornaban. Mas la diversidad de géneros hizo que se dañaran mutuamente, y el orden incompleto en que los puso ella misma impidió que sus varios estudios alcanzasen el desarrollo que su capacidad permitía. Por esto, á pesar de conocer algunos principios de filosofía y de física, no pudo librarse de la afición de su padre hacia la medicina empírica y la alquimia; componía elixires, tinturas, bálsamos, precipitados y pretendía poseer secretos. La asediaron los charlatanes, aprovechándose de su debilidad, se apoderaron de ella, la arruinaron, y entre drogas y hornillos aniquilaron su vivacidad, su talento y sus gracias, que hubieran podido hacer la delicia de la sociedad más escogida.

Pero si algunos malvados abusaron de su educación mal dirigida para oscurecer la luz de su inteligencia, su corazón excelente á toda prueba se conservó siempre el mismo; su

carácter afectuoso y dulce, su compasión por los desgraciados, su inagotable bondad, su buen humor franco y expansivo, no se alteraron nunca, y hasta en los umbrales de la ancianidad, sumida en la indigencia, agobiada de males y calamidades, la serenidad de su alma le conservó hasta el fin de su vida toda la jovialidad de sus más hermosos tiempos.

Sus errores provenían de un fondo de actividad interminable que exigía una ocupación constantemente. No intrigas mujerieles, sino empresas que combinar y dirigir era lo que le convenía. Había nacido para las empresas de grande importancia. La señora de Longueville en su lugar, no hubiera pasado de ser una enredadora; ella en el lugar de ésta habría gobernado el Estado. Su capacidad no fué convenientemente empleada; y lo que la habría hecho famosa colocada en posición más elevada sirvió para perderla en aquella en que vivió. En lo que estaba á su alcance, siempre organizaba un plan en su interior y veía su objeto engrandecido. De aquí resultaba que, empleando medios más bien proporcionados á sus miras que á sus fuerzas, fracasaba por culpa de los demás; y una vez fracasado su proyecto, quedaba arruinada donde otros no hubieran perdido casi nada.

Este carácter emprendedor, que le causó tantos daños, le hizo en cambio un gran bien impidiéndole fijarse para el resto de su vida en su monástico asilo, como tenía pensado hacerlo. La vida simple y uniforme de las religiosas y su cháchara de locutorio no podían cautivar un carácter siempre en movimiento, que, formando cada día nuevos planes, necesitaba libertad para entregarse á ellos. El bueno del obispo de Bernex, con menos inspiración, tenía muchos puntos de contacto con Francisco de Sales; y la señora de Warens, á quien llamaba su hija, y que se parecía mucho á la señora de Chantal, hubiera podido parecersele además en su retiro, si sus inclinaciones no la hubiesen desviado de la ociosidad del convento. Si aquella

amable mujer no se dedicó á las minuciosas prácticas de devoción que parecían convenir á una nueva convertida que vivía bajo la dirección de un prelado, no fué seguramente por falta de celo. Cualquiera que fuese el motivo que la indujese á cambiar de religión, fué sincera en la que había abrazado. Pudo haberse arrepentido de la falta cometida, pero no desear volver atrás; y no solamente murió siendo buena católica, sino que vivió como tal, de buena fe; y me atrevo á afirmar, yo, que pienso haber leído en el fondo de su corazón, que si no se las echaba de devota en público era únicamente por aversión á las gazmoñerías. Poseía una piedad harto sólida para afectar devoción. Pero no es ahora ocasión de extenderme acerca de sus principios; otras vendrán oportunas para tratar de ellos.

Expliquen, si pueden, los que niegan la existencia de las simpatías, cómo es que desde la primera entrevista, desde la primera palabra, desde la primera mirada, me inspiró la señora de Warens no solamente un afecto vivo, si que también una confianza completa que jamás se ha desmentido. Supongamos que mi afección por ella fuese verdadero amor, cosa que parecerá por lo menos dudosa á cualquiera que examine nuestras relaciones, ¿cómo pudo esta pasión ir desde el primer instante acompañada de los sentimientos que menos le convienen, la paz del corazón, la calma, la serenidad, la confianza, la seguridad? ¿Cómo, hallando por vez primera una mujer amable, fina, seductora, una señora de rango superior al mío, que no había conocido igual, de quien en parte dependía mi suerte, según el mayor ó menor interés que por mí tomase; cómo, digo, con todo esto me encontré desde luego tan libre, tan tranquilo, cual si hubiese estado seguro de caerle en gracia? ¿Cómo no tuve un momento de embarazo, de timidez, de turbación? Naturalmente vergonzoso, retraído, sin conocer el mundo, ¿cómo tratando con ella,

hallé desde el primer día, desde el primer instante, las maneras fáciles, el lenguaje afectuoso, el tono familiar que tenía diez años después, cuando la mayor intimidad lo hizo natural? ¿Puede tenerse amor, no digo sin deseo, porque yo lo tuve, pero sin inquietudes, sin celos? ¿No se quiere saber á lo menos si es uno correspondido del objeto amado? Es una pregunta que en la vida se me ocurrió hacerle ni una sola vez, como preguntarme á mí mismo si yo me amaba; y ella tampoco se mostró nunca más curiosa conmigo. Hubo si algo singular en mi cariño hacia aquella mujer encantadora, y en lo que sigue se hallarán extrañezas que no es fácil esperar.

Húbose de tratar de mi suerte, y para hacerlo más despacio, me hizo quedar á comer. Por vez primera faltóme el apetito; y su doncella, que nos servía, declaró asimismo que no había visto faltarle á ningún viajero de mi edad y condición. Esta observación, que en nada me rebajaba á los ojos de su señora, caía de lleno sobre un palurdo que comía con nosotros y que devoró él solo una ración que hubiera sido decente para seis personas.

En cuanto á mí, me hallaba tan extasiado que no pensaba en comer. Mi corazón se alimentaba de un sentimiento nuevo que inundaba todo mi ser y no me dejaba libertad de espíritu para ninguna otra cosa.

La señora de Warens quiso conocer los detalles de mi historia, en cuyo relato recobré todo el calor que había perdido en casa de mi amo. Á medida que se interesaba en mi relación, más se lamentaba de la suerte á que iba á exponerme. Su tierna compasión se reflejaba en su semblante, en su ademán. No se atrevía á aconsejarme que volviese á mi casa; por su posición hubiera sido un crimen de lesa catolicismo, y sabía muy bien cuán vigilada estaba y que todas sus palabras eran comentadas. Pero me habló de la aflicción que debió haber sufrido mi padre, en tono tan conmovedor,

que bien claramente revelaba su aprobación á que fuera á consolarle. No sabía ella cómo, sin sospecharlo, abogaba en contra de sí misma. Aparte de que mi resolución, como tengo dicho, según creo, era irrevocable, cuanto más elocuente, más persuasiva la encontraba, tanto más me interesaba y no podía resolverme á desprenderme de ella. Conocía que volverme á Ginebra era colocar entre los dos una barrera casi insuperable, á menos de volver á las andadas, y para esto más valía no volver atrás. Á esto me atuve. La señora de Warens, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, no continuó hasta comprometerse; pero, mirándome compasivamente dijo: «Pobre niño, irás adonde Dios te llama; pero cuando seas hombre, te acordarás de mí.» No creo yo que imaginase cuán cruelmente se cumpliría su predicción.

Quedaba en pie la misma dificultad. ¿Cómo subsistir, tan joven, lejos de mi país? Á la mitad apenas de mi aprendizaje, estaba muy lejos de poder ejercer mi profesión, y aunque la hubiese conocido bastante, tampoco hubiera podido vivir en Saboya, país hartamente pobre para que en él viviesen las artes. El patán que comía por nosotros, obligado á hacer un alto para dar descanso á sus mandíbulas, emitió un pensamiento que dijo inspirado por el cielo y que á juzgar por sus resultados, debió venir del lado opuesto: consistía en que fuese yo á Turín donde hallaría, en un hospicio establecido para la instrucción de los catecúmenos, el alimento del cuerpo y del espíritu, hasta tanto que, admitido en el seno de la Iglesia, encontrase almas caritativas que me proporcionasen una colocación que me conviniese. «En cuanto á los gastos del viaje, prosiguió nuestro hombre, su eminencia monseñor el obispo no dejará de tener voluntad de proveer caritativamente, si la señora le propon: tan santa obra; y la señora baronesa, añadiendo inclinándose sobre los platos, se apresurará también á contribuir seguramente.»

Todas esas caridades las encontraba yo muy duras; tenía el corazón oprimido, no decía nada, y la señora de Warens, sin acoger este proyecto con tanto calor como fué expuesto, se contentó con responder que cada cual debía contribuir al bien según sus facultades, y que hablaría á monseñor: pero aquel hombre endemoniado que tenía algún interés en el asunto, temiendo que ella no lo tomaría con empeño, corrió á prevenir á los limosneros y embaucó tan bien á aquellos buenos clérigos, que al ir á ver al obispo la señora de Warens, que temía por mí aquel viaje, todo lo encontró arreglado; de suerte que recibió de él desde luego el dinero destinado para mi pequeño viático. Ella no se atrevió á insistir para que me quedase; me iba acercando á una edad en que una mujer como ella no podía retenerme cerca de sí por decoro.

Así dispuesto mi viaje por las personas que por mí se interesaban, fué necesario someterme, y esto es lo que hice sin gran repugnancia. Aunque Turín estaba más lejos de allí que Ginebra, pensé que, siendo la capital, tendría con Annecy más relaciones que una ciudad extranjera y diferente en religión; además, yéndome para obedecer á la señora de Warens, me consideraba bajo su dirección, y esto era más aún que vivir á su lado. En fin, la idea de un viaje, de un gran viaje, halagaba mi espíritu ambulante que ya comenzaba á declararse. Parecíame muy bello á mi edad atravesar los montes y elevarme sobre mis camaradas toda la altura de los Alpes. Visitar un país es un incentivo á que no hay ginebrino capaz de resistir; di, por tanto, mi consentimiento. Nuestro palurdo debía marchar con su mujer á los dos días y les fui recomendado: les entregaron mi peculio aumentado por la señora de Warens; ésta me dió en secreto alguna cantidad que acompañó con amplias instrucciones, y partimos el miércoles santo.

Al siguiente día de mi salida de Annecy, llegó allí mi padre

siguiéndome la pista con un amigo suyo llamado Rival, relojero también, hombre de ingenio y aun de singular talento, que componía versos mejores que los de la Motte, y hablaba casi tan bien como éste; además hombre perfectamente honrado, pero cuya abandonada literatura no sirvió más que para hacer comediante á un hijo suyo.

Estos señores vieron á la señora de Warens, y se contentaron con llorar mi suerte en su compañía, en vez de seguirme y alcanzarme como hubieran logrado fácilmente, pues iban montados mientras yo iba á pie. Lo mismo ocurrió con mi tío Bernard. Fué á Confignón, desde donde se volvió á Ginebra, sabiendo que yo había salido para Ancecy. Parecía que mis parientes conspiraban con mi estrella para entregarme al destino que me esperaba. Mi hermano se había perdido por una indolencia semejante, y tan perdido que nunca se supo lo que fué de él.

Era mi padre no solamente un hombre de honor, sino de una probidad completa, y dotado de una de esas almas fuertes que producen las grandes virtudes; y además era un buen padre, sobre todo para mí. Amábame tiernamente, pero también amaba sus placeres, y desde que viví alejado de él, otros afectos entibieron el sentimiento paternal. Había contraído en Nyón segundas nupcias; su mujer no estaba ya en edad de darle hijos, pero tenía padres y de aquí resultó una nueva familia, nuevos objetos, otra casa que no recordaba tan frecuentemente mi memoria.

Mi padre envejecía y no podía contar con nada en su ancianidad; mi hermano y yo teníamos alguna cosa que nos había dejado nuestra madre, y ausentes nosotros, para él quedaba nuestra renta. No es que se le ocurriese esta idea y le impiésemos cumplir con su deber, sino que le movía ocultamente, sin darse cuenta de ello él mismo, y enfriaba algunas veces su celo, que sin esto hubiera sido más vivo.

He aquí, según creo, por qué habiendo venido hasta Ancecy siguiéndome al principio, no prosiguió hasta Chamberí, donde moralmente estaba seguro de encontrarme. He aquí también por qué, habiendo ido á verle con frecuencia, después de mi huida, siempre me prodigó caricias paternales, pero sin grandes esfuerzos para que me quedase.

Semejante conducta de un padre cuya virtud y cariño tan bien he conocido, me han sugerido acerca de mí mismo reflexiones que han contribuido no poco á mantenerme sano el corazón. He deducido de esto una gran máxima moral, única quizás adaptable á la práctica: evitar las ocasiones que coloquen nuestros deberes en oposición con nuestros intereses, y que pongan nuestra conveniencia en el daño ajeno, seguro de que, en estos casos, por muy sincero que sea nuestro afecto á la virtud, tarde ó temprano sucumbimos sin sentirlo; y venimos á ser injustos y malvados en la práctica, sin haber dejado de ser justos y buenos en los sentimientos.

Profundamente impresa está máxima en mi alma, y aunque un poco tarde puesta en práctica en todos mis actos, es una de las cosas que me han hecho aparecer en público con un carácter más extravagante y loco, sobre todo á los ojos de mis conocidos. Me han imputado querer ser original y obrar de un modo diferente de los demás, cuando, á la verdad, no pensaba en hacer lo que los otros ni lo contrario tampoco. Deseaba sinceramente hacer lo que estuviese bien hecho. Con todas mis fuerzas huía de cualquier situación en que mi interés estuviese en oposición con el de otra persona y, por consecuencia, pudiese sentir un deseo secreto aunque involuntario del mal de esta persona.

Hace dos años que miñord Marechal quiso ponerme en su testamento, á lo que me opuse con todas mis fuerzas. Hícele observar que por nada del mundo quisiera saber que estaba incluido en el testamento de quien quiera que fuese, y mucho

menos en el suyo, y cedió á mis instancias. Ahora quiere señalarme una pensión vitalicia, á lo que yo no me opongo. Se dirá que me conviene el cambio: puede ser así, pero, ¡oh bienhechor y padre mío! si tengo la desgracia de sobreviviros, sé que al perderos lo pierdo todo y nada podré ganar.

Ésta es á mi entender la buena filosofía, la única verdaderamente conforme con el corazón humano. Cada día me convenzo más de su solidez, y la he desarrollado de mil modos en todos mis últimos escritos; pero el público, que es frívolo, no ha sabido conocerlo. Si sobrevivo al fin de este trabajo lo bastante para emprender otro, me propongo ofrecer en la continuación del *Emilio* un ejemplo tan notable y bello de esta misma máxima que el lector se vea obligado á fijar su atención en él. Mas para un viajero ya son muchas reflexiones y es tiempo de continuar nuestro camino.

Hallélo más agradable de lo que podía esperar, y el patán no fué tan áspero como parecía. Era un hombre de mediana edad que llevaba en forma de coleta sus cabellos negros medio encanecidos; tenía aspecto de granadero y voz recia; era bastante divertido, buen andador, mejor comedor, y hacía todos los oficios por no conocer ninguno. Se había propuesto establecer no se qué industria en Annecy, plan en que la señora de Warens no dejó de trabajar, y hacía á Turín aquel viaje, bien pagado, para procurar que el ministro lo aprobara. Tenía nuestro hombre talento de intrigante, colándose siempre entre los curas; y haciéndose el solícito en servirles, aprendió en su escuela una jerga devota que usaba constantemente preciándose de gran predicador. Hasta sabía el latín, algún pasaje de la Biblia, y le valía tanto como si hubiese sabido mil, porque lo repetía mil veces cada día. Por lo demás, raras veces carecía de dinero, mientras supiese quien lo tenía. Era, sin embargo, más que pícaro, ladino, y endilgando siempre sus ram-

plones discursos con tono de reclutador, parecía Pedro el hermitaño predicando la cruzada con el sable al lado.

En cuanto á su esposa, la señora Sabrán, era mujer bastante regular, más quieta de día que de noche. Como yo dormía siempre en su cuarto, frecuentemente me despertaban sus ruidosos insomnios, que más me habrían despertado si hubiese comprendido su causa. Pero ni siquiera la sospechaba, siendo tan ignorante, que en esta materia quedó mi instrucción al solo cuidado de la naturaleza.

Hice alegremente el camino con mi devoto guía y su bulliosa compañera. Ningún accidente turbó nuestro viaje; yo me hallaba en la mejor disposición física y moral que haya experimentado en mi vida. Joven, vigoroso, rebosando salud, enteramente tranquilo, lleno de confianza en mi mismo y en los demás, me hallaba en este corto, pero precioso periodo de la vida en que su plenitud expansiva dilata, por decirlo así, nuestro ser, por medio de todas nuestras sensaciones, y embellece á nuestros ojos la naturaleza entera con el encanto de nuestra existencia. Mi tierna zozobra tenía un objeto que la hacía menos errante y fijaba mi imaginación. Me consideraba como la obra, el discípulo, el amigo, casi el amante de la señora de Warens. Las cosas amables que me había dicho, sus caricias, sus atenciones, aquel interés tan tierno que pareció tomar por mí, sus hechiceras miradas, que me parecían llenas de amor, porque á mí me lo inspiraban, todo esto alimentaba mi mente durante el camino y me hacía soñar deliciosamente.

Ningún temor, ninguna duda acerca de mi destino venían á turbar estos delirios. Enviarme á Turín era á mi entender obligarse á sostenerme allí, á colocarme convenientemente. Ya no tenía ningún cuidado por mí mismo; otros se habían encargado de ello. Así andaba yo ligero, libre de este peso; los deseos juveniles, la esperanza encantadora, los proyectos brillantes llenaban mi espíritu. Cuantos objetos veía me parecían

fiadores de mi próxima felicidad. Imaginaba festines rústicos en las casas, en los prados bulliciosos fuegos, paseos, baños, pescas en las riberas, sabrosas frutas en los árboles, voluptuosas entrevistas á su sombra; jarros de leche y de nata en las montañas, una agradable holganza, la paz, la sencillez, el placer de ir sin saber á donde. En fin, cuanto se ofrecía á mis ojos llevaba á mi corazón algún motivo de gozo. La grandeza, la variedad, la belleza real del espectáculo que presenciaba lo hacían digno de la razón, la misma unidad mezclaba en ello su partecita. Ir á Italia tan joven, haber visto ya tanto terreno, seguir á Anibal atravesando montes, me parecía una gloria que estaba por encima de mi edad. Añádase á todo esto frecuentes y buenas detenciones, mi buen apetito y tener con que satisfacerlo; aunque á la verdad no valía la pena de hablar de él, pues comparado con el señor Sabrán, lo que yo comía parecía nada.

No me acuerdo haber tenido en todo el curso de mi vida un intervalo más perfectamente exento de cuidados y penas que el de los siete ú ocho días que echamos en aquel viaje; porque el paso de la mujer de Sabrán, al cual teníamos que adaptar el nuestro, lo convirtió en un paseo. Este recuerdo me ha dejado una afición viva á todo lo que con él se relaciona, sobre todo por las montañas y los viajes pedestres. No he viajado a pie más que en mis días hermosos y siempre agradablemente. Pronto los deberes, los negocios, tener que llevar un equipaje me obligaron á echármelas de caballero, y tomar un coche, donde subían conmigo el roedor desasosiego, el engorro y la molestia, y desde entonces en lugar del solo placer de ir que antes sentía, no me ocurría más que el anhelo de llegar pronto. Durante mucho tiempo he buscado en París dos amigos de igual gusto que el mío que quisiesen consagrar cada uno cincuenta luises y un año á un viaje por Italia hecho así, juntos, sin más equipaje que un saco de noche llevado por un muchacho que

viniese con nosotros. Muchos se manifestaron prendados de este proyecto, pero en el fondo lo consideraban puramente como castillo en el aire, cosa que se proyecta en conversación y nadie tiene designio de llevar á cabo.

Recuerdo que hablando con pasión de este proyecto con Diderot y Grimm, logré que entraran en deseos de hacerlo. Esta vez ya creí la cosa hecha; pero todo se redujo á querer hacer un viaje por escrito, en el cual Grimm nada hallaba tan gracioso como hacer cometer muchas impiedades á Diderot y hacerme meter á mí en la Inquisición en lugar suyo.

El disgusto que me causó llegar tan pronto á Turín, fué templado por el placer de visitar una gran ciudad y la esperanza de desempeñar pronto en ella un papel digno de mí, porque ya los humos de la ambición se me subían á la cabeza; ya me juzgaba infinitamente por encima de mi antigua posición de aprendiz; ¡cuán lejos estaba de prever que dentro de poco iba á estar muy por debajo!

Antes de continuar debo dar al lector una excusa, ó mejor, justificar todos los pequeños detalles que acabo de enumerar y los que todavía relataré en adelante, y que á él poco le interesan. En la empresa á que me he lanzado de mostrarme enteramente al público, es preciso que no quede oscuro ú oculto nada mío; es necesario que me ofrezca constantemente á sus ojos; que me siga en todas las vicisitudes de mi corazón, en todos los rincones de mi vida; que ni un solo instante me pierda de vista, temeroso de que, hallando en mi relato la menor laguna, el menor vacío, y preguntándose: ¿qué hizo en este tiempo? me acuse de no haber querido decirlo todo. Ya doy bastante materia de crítica á la malignidad de los hombres con lo que refiero, para darle más aún con mi silencio.

Había desaparecido mi reducido peculio: charlé demasiado

y mis guías no echaron la indiscreción en saco roto. La mujer encontró medio de arrancarme hasta una cinta guarnecida de plata que la señora de Warens me había dado para la espada; esta pérdida me dolía más que todo lo demás junto, y la misma espada hubiera quedado en sus garras si me hubiese resistido menos. Habían pagado fielmente mis gastos durante el camino, pero no me dejaron nada y llegué á Turin sin vestidos, sin dinero, sin ropa blanca, quedando enteramente el honor de la fortuna que iba á hacer por cuenta de mi solo mérito.

Llevaba algunas cartas que presenté, y en seguida fui conducido al hospicio de catecúmenos para instruirme en la religión á precio de la cual me vendían la subsistencia. Vi al entrar una gruesa puerta con barras de hierro que se cerró tras de mí, echando doble vuelta á la llave. Este principio me pareció más imponente que agradable y comenzaba á darme qué pensar, cuando me hicieron entrar en una sala bastante grande, donde no había más muebles que un altar de madera, y encima un gran crucifijo; en el fondo de la sala, y alrededor cuatro ó cinco sillas que parecían haber sido barnizadas, pero que estaban lustrosas sólo á fuerza de servir y ser frotadas.

Se hallaban en aquella sala de juntas cuatro ó cinco horribles bandidos, mis compañeros de instrucción, que más parecían ministros del diablo que aspirantes á ser hijos de Dios. Dos de aquellos ruines perillanes eran esclavones, que decían ser judíos ó moros, y, como ellos mismos me lo confesaron, vivían recorriendo la España y la Italia, abrazando el cristianismo y haciéndose bautizar donde quiera que hallaban con ello un producto que valiese la pena. Abrióse otra puerta de hierro que dividía en dos un gran balcón que daba al patio, y entraron por ella nuestras hermanas las catecúmenas, que venían, como yo, á regenerarse, no por medio del bautismo, sino por una abjuración solemne. Eran, sin duda, las más grandes ramerías y más repugnantes aventureras que han apes-

tado jamás el aprisco del Señor. Sólo una me pareció bonita y algo interesante. Tenía mi edad con corta diferencia, quizás uno ó dos años más, y unos pícaros ojos que á veces se encontraban con los míos, lo que me inspiró el deseo de trabar relaciones con ella: mas durante los dos meses que todavía permaneció en aquella casa, donde estaba hacía ya otros tres, me fué absolutamente imposible acercarme á ella, á causa de lo recomendada que estaba á nuestra vieja carcelera, y lo asediada que la tenía el santo misionero, que trabajaba en convertirla con más celo que diligencia. Preciso es que fuese excesivamente estúpida, aunque no lo parecía, porque jamás se ha visto instrucción más larga. El santo hombre nunca la encontraba en estado de abjurar; pero ella se fastidió de la clausura y declaró que se quería marchar cristiana ó no. Fué preciso cogerla por la palabra mientras aun consentía en serlo, por temor de que se rebelara y no quisiese.

En honor del recién venido se juntó toda la pequeña comunidad, y nos hicieron una corta exhortación: á mí para excitarme á corresponder á la gracia que Dios me hacía; á los otros para que me recomendasen en sus preces y me edificasen con su ejemplo. Después de esto, nuestras vírgenes entraron de nuevo en su clausura, y me quedó tiempo para sorprenderme á mi sabor de la en que estaba yo metido.

Al siguiente día por la mañana nos reunieron de nuevo para la conferencia, y entonces fué cuando empecé á reflexionar por primera vez en el paso que iba á dar y en las circunstancias que me habían arrastrado á ello.

He dicho ya, repito y repetiré quizás otras veces, una cosa de que cada día estoy más convencido: que si alguna vez se dió á un niño una educación poco razonable y sana, fué precisamente la mía. Hijo de una familia que se distinguía del pueblo por sus costumbres, no había recibido de todos mis parientes más que lecciones de buena conducta y ejemplos de